

La política como profesión : el largo adiós de la política de tiempo libre

Autor(en): **Lettau, Marc**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero**

Band (Jahr): **38 (2011)**

Heft 4: **Elecciones parlamentarias de 2011**

PDF erstellt am: **27.06.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-908743>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

El largo adiós de la política de tiempo libre

El concepto de milicias está profundamente arraigado en la política suiza. Domina la imagen de políticos que, además de ejercer su correspondiente profesión, ofrecen sus servicios a la comunidad. No obstante, a nivel nacional los políticos de milicias se han convertido en figuras exóticas cada vez menos comunes. Incluso escasean en los municipios donde la cercanía al pueblo es especialmente importante. La democracia de milicias suiza se está convirtiendo en un mito. Por Marc Lettau

Las elecciones nacionales están a la vuelta de la esquina, los políticos de todos los partidos son omnipresentes y se ofrecen para ocupar un puesto legislativo al más alto nivel. Uno se puede imaginar la democracia típicamente suiza más o menos así: al fondo de la sala hay una vitrina con los trofeos del club de tiro; delante, en la sala, el consejero comunal da una charla y aproximadamente 50 ciudadanos asisten a la reunión comunal y escuchan atentamente. Mueven la cabeza en señal de asentimiento cuando se presenta el orden del día, algunos solamente cuando se trata de asuntos críticos. La nueva organización escolar recibe un aplauso; se aumentarán los impuestos para tenencia de perros; se decide una determinada inversión para retirar la nieve;

se invierten 10.000 francos para renovar el bar del club de fútbol, y es que, al fin y al cabo, el club de fútbol «es la institución social más importante del pueblo»; a regañadientes se aprueba una contribución para instituciones culturales en la capital del cantón.

El consejero comunal que se sienta en las primeras filas se siente satisfecho por la aprobación «del pueblo». El caso es que también él forma parte «del pueblo». Ningún miembro del gobierno comunal ha hecho ningún curso para directivos con cargos políticos. Todos ellos sacrifican su tiempo libre para su mandato político y consagran muchas tardes a realizar los pequeños trabajos políticos, bien alejados de los grandes escenarios. La compensación financiera suele ser muy modesta. Al final de la legislatura reciben quizá una botella de vino y un ramo de flores para las esposas a las que no se ha dedicado demasiado tiempo por la política.

Lo normal a nivel municipal

En los aproximadamente 2800 municipios de Suiza, o sea donde la política afecta más

directamente a los habitantes y su contacto con el Estado es más directo, lo normal es la política de milicias. El 94% de las mujeres y los hombres que conforman los gobiernos comunales son políticos totalmente de milicias. Ellos son políticamente responsables de aproximadamente un tercio de las prestaciones estatales de toda Suiza – y lo hacen como si se tratara de una actividad de ocio. También cuatro de cada cinco alcaldes son «milicianos», hombres y mujeres cuya experiencia procede de la vida cotidiana profesional y familiar normal. Sólo

El cantón de Glarus tenía 25 municipios en 2010, ahora sólo quedan tres.

en municipios con 50 000 habitantes o más, los miembros del gobierno local pueden contar con horarios de trabajo regulares y salarios apropiados. Pero por término medio los municipios tienen menos de 1200 habitantes, y así el sistema de milicias caracteriza la imagen de la política suiza, porque los políticos de milicias están considerados como cercanos al pueblo, no sencillamente obligados a seguir preceptos de su partido, sino que más bien son partidarios del consenso.

Por ejemplo Walter Zürcher, de Merlach

Uno que refleja la imagen típica ideal del político de milicias en Suiza es el alcalde del municipio friburgués de Merlach, miembro del gobierno municipal desde hace 35 años. Afirma que quiere tener influencia allí donde se crió, y cuenta que «se fue colando» en la política cuando era un «chiquillo descarado», aunque nunca militó en ningún partido. Para él, entretanto en edad de jubilación, la política no es un medio para ascender personalmente, y añade, casi disculpándose, que nunca se ha sentido atraído por «cargos políticos demasiado elevados», que nunca quiso ser candidato para el Parlamento can-

tonal y jamás soñó con ser consejero nacional. Se limita a «seguir siendo humano, saber escuchar a los ciudadanos, comprenderlos». Este alcalde está satisfecho, porque en Merlach, una media del 20% de los ciudadanos asiste a las reuniones municipales. Comparativamente, esta cifra es muy elevada. Además, para él es una confirmación de sus ideas el hecho de que la gente siga debatiendo tras las reuniones municipales mientras beben y toman un aperitivo, «y estas charlas duran a veces más que toda la reunión».

Zürcher se asemeja mucho al «político moderno» tal y como los padres fundadores de la Suiza contemporánea se habían imaginado. Con la Constitución Helvética impuesta de hecho por Francia en 1798, se amplió definitivamente el concepto de las milicias para aplicarlo no sólo al servicio militar obligatorio sino también a la política. Y según la Constitución, todo ciudadano estaba obligado a cumplir el servicio militar, al ser un «soldado nato de la madre patria». Además, cada ciudadano mayor de edad debería jurar en la «estación más bella del año» y en presencia «de padres y autoridades», «servir a su madre patria y a la causa de la libertad y la igualdad como buen ciudadano digno, puntual y diligentemente, con un odio justificado al desenfreno».

Y si bien la Helvética duró muy poco, las repercusiones sobre otros ordenamientos jurídicos de la moderna Suiza son inmensas. El hecho de encomendar importantes misiones estatales para una determinada duración a ciudadanos individuales se convirtió en la norma: se trataba de no formar un Estado con una Administración donde los magistrados ostentaran el poder.

El brillo se va apagando

Pero la democracia de milicias está acorralada. A todos los niveles del Estado: municipal, cantonal y federal, los problemas

por resolver no sólo son mucho más numerosos, sino también mucho más complejos. Temas globales como la migración de refugiados, el cambio climático y la política energética tras Fukushima repercuten hasta los últimos niveles de las instituciones estatales. Al mismo tiempo crecen las expectativas de los ciudadanos. El que hace política sólo "de pasada" a menudo no satisface dichas expectativas, con la consiguiente remodelación política continua. Se realizan agrupamientos de municipios, otros son cada vez más grandes. Además, los municipios reducen el tamaño de sus gobiernos. Ambas cosas requieren estructuras cada vez más profesionales. El ejemplo más representativo es el del cantón de Glarus. El año pasado todavía contaba con 25 municipios. Actualmente sólo tiene 3. Reto Steiner, catedrático de Ciencias Empresariales en la Universidad de Berna, parte de la base de que en los próximos años desaparecerán cientos de municipios. Con el tiempo, quizá ni siquiera el pintoresco municipio tesinés de Corippo podrá resistirse a esta tendencia: este pueblo del Valle Verzasca es el municipio más pequeño de Suiza, con 18 habitantes, y allí cada adulto ocupa un cargo en el Consejo municipal o bien en una comisión, constituyendo así una

democracia de milicias en su forma más consecuente.

Políticos a tiempo total

La democracia de milicias está mucho más amenazada a nivel cantonal y nacional que en los municipios. Según los últimos estudios, el concepto de milicias en la política está muy bien visto y se le cita a menudo, pero va perdiendo importancia. El «auténtico político de milicias» es, de hecho, un elemento exótico en las instituciones federales de Berna: en la pequeña Cámara, el Consejo de los Estados, todos los políticos son considerados, sin excepción, políticos profesionales. Y si además de ejercer su mandato político tienen otra ocupación remunerada, ésta suele estar directamente relacionada con su mandato político. En el Consejo Nacional, es decir la gran Cámara, la situación es similar. El año pasado, un estudio subvencionado por el Fondo Nacional demostró que los consejeros nacionales dedican una media del 57% de su horario laboral a su mandato político. Lo cual quiere decir

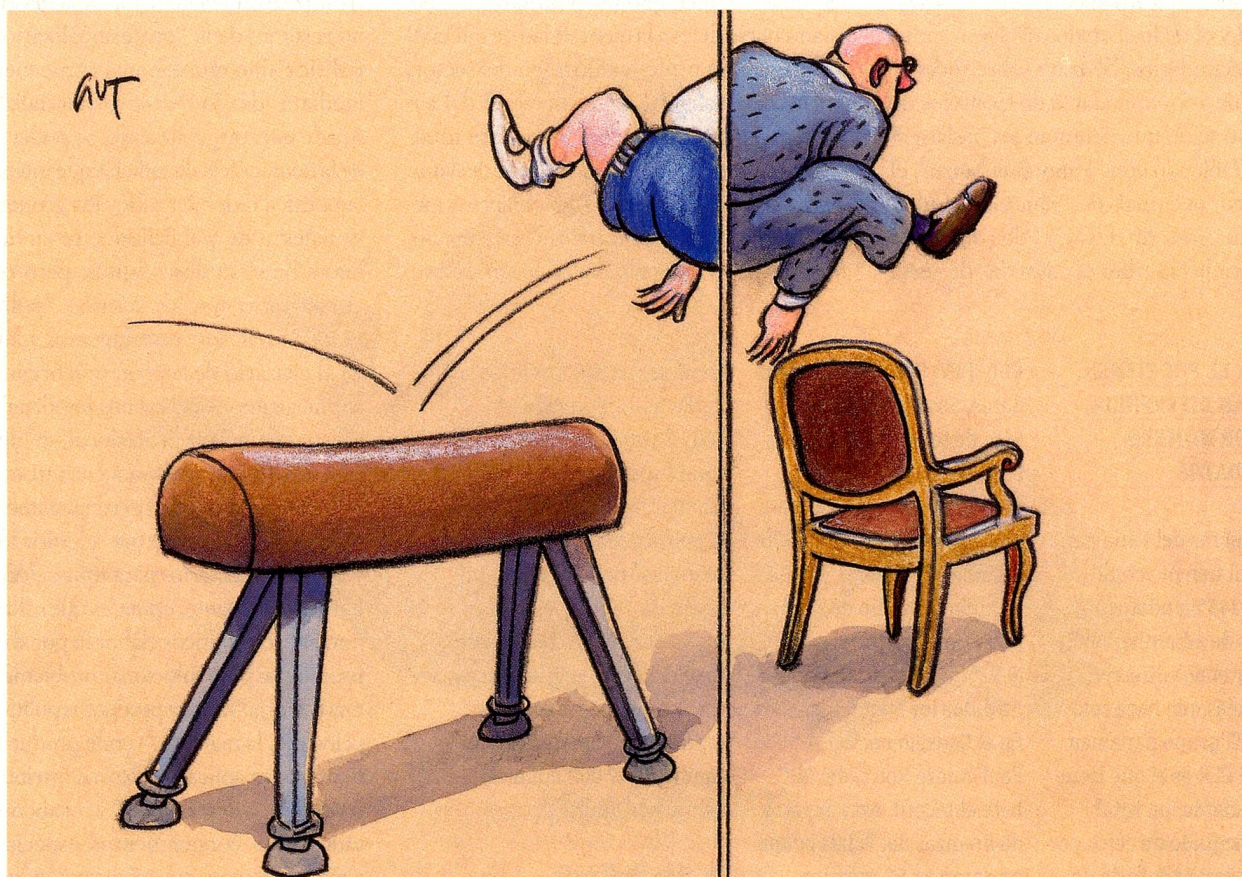
que, también para los consejeros nacionales, la política es su profesión principal. Los investigadores afirman que sólo en el caso de un 10% de todos los miembros del Consejo nacional se puede decir que se trata más o menos de «políticos de milicias».

La democracia de milicias sigue sirviendo bajo la cúpula del Palacio Federal como valla protectora moral.

¿Y eso qué tiene de malo?

Cero por ciento de milicias en el Consejo de los Estados. Diez por ciento en el Consejo nacional.

¿Y eso qué tiene de malo? El progresivo alejamiento de la política nacional del ideal de democracia de milicias suscita al menos temores y recelos, sobre todo por la cuestión financiera. Y como las carreras políticas en Berna ya no son actividades de ocio, sino trabajos muy exigentes para ganarse la vida, aumentan las cantidades invertidas en la campaña electoral. Hace tiempo ya que los candidatos ambiciosos invierten en su campaña electoral, según el cantón, decenas de miles de francos. Ciertos partidos cantonales exigen ya sólo para una buena clasificación en la lista electoral hasta 40 000 francos. Tim Frey, secretario general del Partido



Demócrata Cristiano, recalco hablando con "Panorama Suizo", que, por ejemplo en el cantón de Zúrich, quien no invierte al menos entre 50 000 y 100 000 francos en la campaña electoral, «es desde el principio un cadáver en la lista», o sea que no tiene ninguna posibilidad. Según cálculos de observadores políticos, para las elecciones de este año al Consejo nacional y al de los Estados se invertirán unos 100 millones de francos. En 2007 fueron aproximadamente 50 millones. El rápido aumento de las sumas invertidas incrementa los temores, o según se mire las insinuaciones, de que los políticos dependen cada vez más de grupos de interés que disponen de grandes capitales.

¿Más transparencia gracias a una iniciativa?

No obstante, la democracia de milicias sigue sirviendo bajo la cúpula del Palacio Federal como valla protectora de la ética y la moral. A veces, el Parlamento mismo pone freno a los abusos y aprueba propuestas para evitar que se pueda comprar la política. En esta tradición de medidas correctoras se podría encuadrar la llamada Iniciativa en Favor de la Transparencia, para la que actualmente se recogen firmas. Esta iniciativa popular, lanzada principalmente por políticos jóvenes, exige que los miembros del Consejo nacional y el de los Estados declaren sus ingresos secundarios. Se trata sobre todo de los más de 2000 mandatos de Consejos de Administración que detentan los parlamentarios. Hablando con "Panorama Suizo", el consejero nacional de San Gall Lukas Reimann (de la UDC) de 29 años, considerado la fuerza motriz de esta

iniciativa, dice que es imprescindible reaccionar ante la "marea de mandatos", y que "demasiados parlamentarios no se orientan por los problemas de los ciudadanos ni del país, sino por los intereses de sus patrocinadores".

Afirma que la lucha de los lobistas va en aumento, que los intentos de ejercer presión cada vez son más atrevidos, y que todo esto es, "en parte lógico", ya que, "cuanto más intenta regular el Estado, surgen más intentos de ejercer presión", por ejemplo por parte

Las exigencias son enormes: Quien hace política «de pasada», a menudo no puede satisfacer las expectativas.

de los bancos o de los sectores sanitario, energético y de telecomunicaciones. ¿Pero qué es lo que quiere lograr Reimann con su iniciativa? ¿Contribuir a salvar el sistema de milicias en la política? "De alguna manera, sí", dice Reimann, porque para él, el político de milicias no es "ningún mito" y sigue siendo "el ideal". Y dice que los políticos pueden mantenerse fieles a la mentalidad de milicias, pese a toda la profesionalización del sector, basta con no alejarse completamente del pueblo ni pasar a pertenecer a una élite totalmente desvinculada". Mantiene que declarar los ingresos secundarios es una poderosa medida correctiva necesaria desde hace tiempo, y subraya: "el mercado de influencias sobre

la política nacional hace tiempo que es un mercado de miles de millones."

"Desprofesionalización"

¿Y cómo ve las cosas un típico representante de ese mercado tan furiosamente criticado por Reimann? Kuno Hämisegger, economista, empleado de la Asociación de Banqueros Suizos y uno de los más importantes lobistas de Suiza, le da la razón a Reimann al menos en un punto, afirma que el mercado de los lobbies crece en Suiza de forma realmente "explosiva" y que a los clásicos lobistas ahora se junta un sinfín de "consejeros estratégicos", pero que todo eso no es "ningún problema mientras esté claro quién está a favor de qué". Por eso, Hämisegger "no apoya en absoluto" la propuesta de Reimann, por partir de una imagen insultante de los políticos como personas de bajos instintos que se dejan comprar. Esta imagen es totalmente falsa, y opina que precisamente gracias a los lobistas los políticos federales son capaces otra vez de tomar decisiones políticas fundadas e independientes, incluso en lo referente a temas extremadamente complejos.

¿No es posible hacer una política federal competente sin lobistas? Hämisegger responde que las enormes interconexiones entre la política y el mercado de la información no resultan de la "profesionalización de la política" sino que son una consecuencia inmediata de su "desprofesionalización". Añade que, originalmente, se podía esperar de la democracia de milicias que integrara en la política federal a todos los grupos profesionales y de población y se sirviera del "know-how" de los mismos, pero que por el contrario con los actuales "políticos a tiempo total" los conocimientos adquiridos en el ejercicio de la profesión original cada vez juegan un papel menos importante: "Se alejan de su rutina profesional, se "desprofesionalizan" y se vuelven a encontrar en una vida cotidiana política extremadamente compleja, en la que tienen que adquirir los conocimientos necesarios para tomar decisiones." Un gran agravante, opina, es que sólo una minoría de los políticos elaboran por sí mismos propuestas para solucionar problemas: "sólo una minoría "fabrica productos políticos", en principio, la mayoría "vende productos políticos", cuya aplicación haya contribuido, en todo caso, a determinar." Y cuando los portadores de conocimientos especializados comparten sus conocimientos y sus intereses

EL PLR Y EL PDC TIENEN, CON GRAN DIFERENCIA, EL MAYOR NÚMERO DE MANDATOS

Los miembros del Parlamento federal tienen actualmente 2045 mandatos en consejos de administración u otros gremios directivos, un 15% más que hace sólo un año. El grupo parlamentario del PLR es el que tiene más mandatos, un total de 583, seguido de cerca por el grupo parlamentario del

PDC/PEV/PVL, con 565 mandatos. Juntos ocupan un 56% de todos los mandatos. Con ellos, el PLR y el PDC representan capital de empresa por un total de 11 000 millones de francos, lo que, según un estudio de la empresa Credita, corresponde al 92% de la capitalización de todos los mandatos. En el Consejo nacional, Paul-André Roux, del PDC, bate el récord: este experto de finanzas del Valais ocupa un cargo en 58 gremios.

Le sigue, en el Consejo de los Estados, el zuriqués Félix Gutzwiller, del PLR, con 24 mandatos. Pero hay mandatos y mandatos... El político federal que representa más capital es, según el estudio, el consejero de los Estados Jean-René Fournier, del PDC del Valais, que con "sólo" once mandatos representa empresas con un capital de 47 000 millones de francos. (mul)

con políticos, hablamos de “lobbying”, es decir actúan como grupo de presión, pero él opina que “esto no es en absoluto lo contrario de la transparencia”. Así que este lobista llega a la siguiente conclusión: “Probablemente, la democracia de milicias se está convirtiendo en un mito” pero la iniciativa en pro de la transparencia es “extremadamente populista” y no vela por ningún sublime ideal, porque quien fuerza a los políticos a un “striptease” permanente, atemoriza de verdad a “los normales” que así no se atreverán a meterse en política, dejando el campo libre a “los fanáticos, los populistas y los narcisistas”.

¿Son los “jóvenes” los “mejores”?

Reimann, desde su elección al Consejo nacional, el más joven de Consejo, aconseja también, como contribución “contra la política apolillada”, elegir sobre todo a políticos jóvenes, porque los jóvenes, a diferencia de “los viejos zorros políticos”, no ocupan puestos en docenas de consejos de administración, y suelen seguir sus ideales políticos.

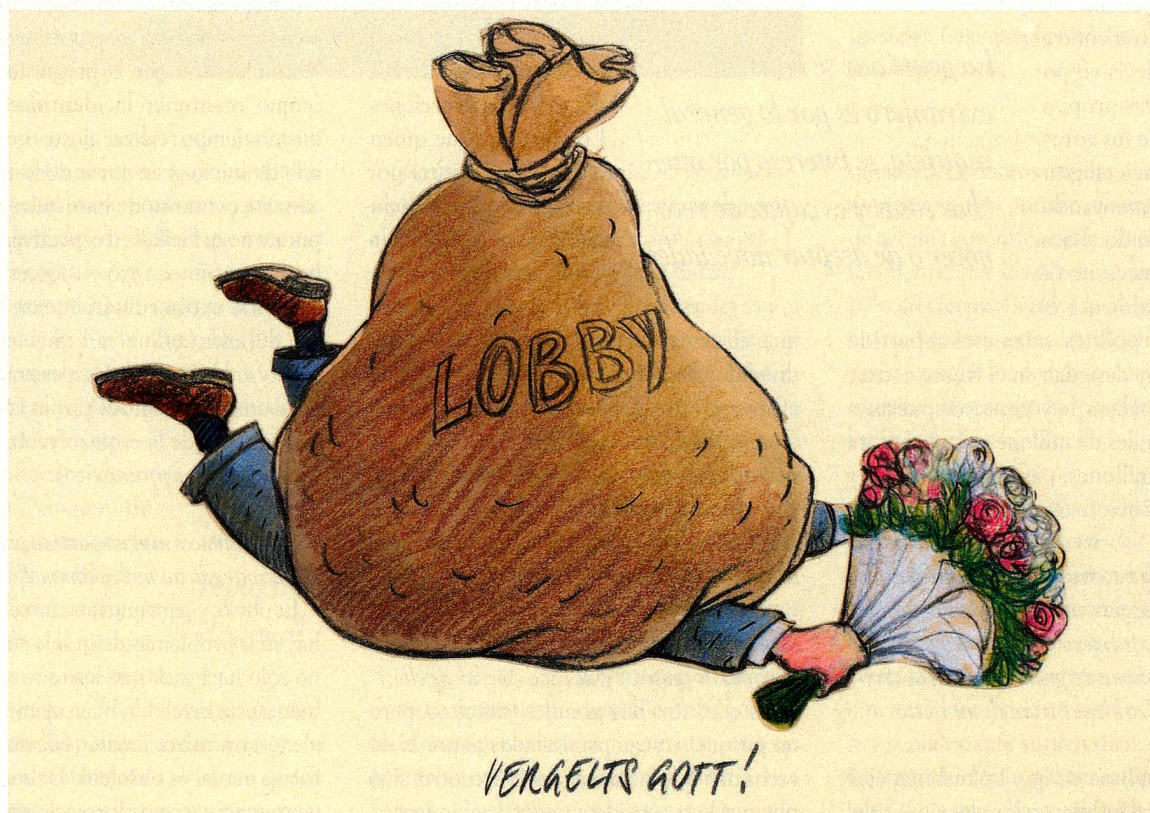
Demasiados parlamentarios no se orientan por los problemas de los ciudadanos, sino por los intereses de sus patrocinadores.

Además, opina, los jóvenes están muy poco representados. Cabe preguntarse si, efectivamente serían los jóvenes quienes, con su lozanía y su integridad, contribuirían a salvar ciertos principios fundamentales de la política de milicias para incorporarlos a la nueva era. La consejera nacional Evi Allemann, del Partido Socialista de Berna, hasta la elección de Reimann la más joven del Consejo, piensa de otro modo, y cree que precisamente los más jóvenes no hacen en absoluto una política “de milicias”, sino que se concentran totalmente en su mandato político. No obstante, también Allemann dice que los jóvenes “tienden a ser más independientes” porque ocupan menos cargos en consejos de administración”, lo que disminuye las interdependencias financieras, pero que por lo demás es cierto que “justamente entre los consejeros nacionales hay poquísimos políticos de milicias clásicos.” Afirma que, hoy en día, quien quiera participar en la política nacional, tiene que organizar su trabajo político de modo muy profesional y “apenas dispone re-

gularmente de tiempo para ejercer seriamente cualquier otra profesión no relacionada con su mandato.”

¿Una invasión de “milicianos”?

¿Así que la democracia de milicias no es más que un mito? ¿Tendríamos que disponer de reglas de transparencia más estrictas para salvar algún que otro punto clave de la democracia de milicias? A la hora de discutir sobre este tema no debemos olvidar que la vida cotidiana en Suiza, dejando de lado la política, se caracteriza tanto por el trabajo de milicias como en ningún otro país, y además de los que dedican su tiempo libre a la política, cientos de miles de personas trabajan voluntariamente en innumerables asociaciones, prestando así un gran servicio a la sociedad. La densidad del número de asociaciones en Suiza es la mayor del mundo, y existen más de 300 000. Aproximadamente la mitad de la población participa en alguna. Una de cada cuatro personas hace trabajos no retribuidos para alguna institución. Y tal densidad de asociaciones y de personas que participan en trabajos de voluntariado se consideran por lo general indicios de una gran capacidad de autonomía y organización propia, y de aptitud para el sistema de milicias de una sociedad.



¡Que Dios se lo pague!